

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

# Si mismo individual y colectividad.

Paulina Perla Aronson.

Cita:

Paulina Perla Aronson (2015). *Si mismo individual y colectividad. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/405>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **SI MISMO INDIVIDUAL Y COLECTIVIDAD**

### **Alternativas de la participación**

Paulina Perla Aronson

Instituto de Investigaciones Gino Germani

paronson@gmail.com

#### **Resumen:**

La presente comunicación procura identificar los argumentos que organizan la díada “sí mismo individual” y “colectividad”, según los planteos conceptuales de las ciencias sociales contemporáneas. Busca dilucidar en qué consisten las relaciones entre los sujetos y la sociedad en el marco de las tensiones entre representaciones y decisiones de los individuos, por un lado, y participación social y cultural, por otro. Con tal propósito, se analizan las transformaciones que conducen desde las reivindicaciones colectivas de carácter extenso propias de la modernidad, a la segmentación de los reclamos y el giro hacia la interioridad. En esa línea, se compara la idea de masividad –conforme su uso en la etapa de modernización económica, social y política– con el de individualidad –figura privativa de la época cultural-identitaria–. Asimismo, se examina la noción de ideología en cuanto enlace entre ambos, particularmente debido al juicio que postula que la relevancia del sujeto-agente y la separación entre objetividad del sistema y subjetividad individual hacen que el mundo ya no quepa dentro de un conjunto total de ideas.

#### **Palabras clave:**

Sí mismo, colectividad, ideología, masificación, identidad.

#### **Juicios acerca de la relevancia del sujeto individual**

La centralidad actual del individuo en la sociología procede de la crisis de la idea de sociedad y testimonia una transformación profunda de nuestra sensibilidad –a saber, el hecho que el individuo es el horizonte liminar de nuestra percepción social (Araujo y Martuccelli, 2010:79).

En las últimas décadas, la producción sociológica se inclina hacia el estudio de los sujetos, sus biografías e identidades, unidad de análisis cuya centralidad desplaza los razonamientos sustentados en determinismos estructurales y en el correlativo oscurecimiento de las categorías de subjetividad y agencia. Particularmente en contraste con el estructuralismo francés –corriente que desde mediados de los años 50 y hasta comienzos de la década del 70 emprende una crítica radical del sujeto en cuanto sede de la razón y de la historia, y de las ciencias sociales y humanas por su inspiración humanista e historicista (Gutiérrez Vera,

2003)–, hoy en día se alega que los cambios culturales ponen de manifiesto el aflojamiento de las coerciones sistémicas. Sus repercusiones se extienden a la totalidad de las relaciones sociales (familia, escuela, trabajo, política, religión, placer, acción colectiva) y delimitan un horizonte en el que «los individuos recurren cada vez más a su capacidad reflexiva», un proceso que patentiza «la pérdida de credibilidad del *modelo cultural industrial* y su sustitución gradual por otro nuevo, que puede llamarse *modelo cultural identitario*» (Bajoit, 2008: 9; énfasis del autor). El cambio incluye el juicio acerca del deterioro de una única racionalidad, la que abre paso al surgimiento de racionalidades múltiples y locales enlazadas a la etnia, la sexualidad, la religión, la cultura, la estética y la interioridad. En paralelo con esa tendencia, los itinerarios vitales se amplían constantemente, mientras los individuos se apropian de un número creciente de funciones antes cuidadosamente custodiadas por las políticas estatales (Bauman, 2014). En ese marco, la tarea principal de la sociología consiste en orientar a las personas para afrontar las incesantes transformaciones y las consecuencias que producen, especialmente en lo relativo al examen de las estrategias correctas a desarrollar ante los cambios, lo que supone la prestación de inapreciables servicios a la inmensa y renovada masa de individuos «que se debaten en el estrecho espacio entre individualidad *de iure* e individualidad *de facto*» (Bauman, 2014: 76). Así, las inquietudes sociológicas se encauzan hacia el examen de la vida y las condiciones sociales de los individuos, enfoque que «convierte en fuente de producción teórica lo que las personas buscan, hacen, viven o sufren» (Robledo Ruiz, 2011: 11). De ese modo, la tarea principal de la sociología se funda en la traducción de los fenómenos colectivos en experiencias personales (Martuccelli, 2010).

La profundización en la subjetividad –una dimensión a la espera de explicaciones acerca de sus fuentes, de las experiencias y conocimientos obtenidos de la interacción con el mundo social, de su relación con la vida cotidiana y de sus aspectos más intensamente existenciales (Serna Dimas, 2012: 5)– vuelve la mirada hacia un nuevo objeto que difiere de la nitidez y finalización de la identidad, pues ahora debe prestarse atención a perspectivas y recorridos precedidos y circunstanciales (Deleuze, 1980) y, particularmente, a la ampliación de la reflexividad. Al respecto, se dice que los condicionamientos sociales han dejado de ser «directos, automáticos, coercitivos, asertivos y exigentes», razón por la cual «las *estructuras* preexistentes (las maneras instituidas de pensar, de decir y de hacer, interiorizadas por la

socialización) determinan hoy menos mecánicamente que en el pasado, las conductas de la gente» (Bajoit, 2008: 14). Por tanto, los individuos tendrían «que ser más *actores* en sus relaciones con los otros, más *sujetos* en sus relaciones con ellos mismos y [...] conducirse más como *individuos* singulares, y no ya como individuos uniformizados por sus posiciones sociales» (Bajoit, 2008: 14).

De este modo, la subjetividad penetra en el vocabulario de las ciencias sociales en correspondencia con la influencia que se le atribuye en la determinación y configuración de la realidad. El sujeto es alguien que toma la palabra, que se constituye en oposición a una identidad asignada (Agier, 2012) y que resiste el universalismo al que percibe como «la máscara de la dominación» (Dubet, 1989: 544). Solo mediante la estricta referencia a las experiencias individuales, lo social obtiene sentido (Araujo y Martuccelli, 2010), pues la vida social ya no se organiza en torno a la civilización, la historia, la sociedad, el Estado-nación o la clase, sino que es el individuo quien viene a «ocupar este lugar central de *pregnancia analítica*» (Araujo y Martuccelli, 2010: 79).

### **Contexto de surgimiento de la nueva subjetividad**

[...] por nuestras reivindicaciones hemos transformado las condiciones de producción, hemos ampliado nuestra libertad de opciones y hemos debilitado cada vez más las normas del espacio social en el que vivimos (Touraine, 2003: 170)

Cuando la simetría de las relaciones entre individuo y sociedad se desmorona, la autonomía individual irrumpe en tanto que reacción ante el decaimiento de la capacidad de la sociedad para prescribir directamente las conductas sociales. En el plano metodológico, comporta el estrechamiento de la identidad colectiva y de la teleología asociada a generalidades y universalismos. De allí en más, «sólo hablaremos de autoidentidad y, por tanto, hablaremos de individuos y su autonomía» (Ganuza Fernández, 2005: 3), ligados ambos al pasaje desde la fijeza a la fluidez y la ambivalencia de una sociedad que pierde su carácter cerrado y se descentra; luego, al dejar de ser un conjunto delimitador con el que los individuos se identifican, «el orden como tal implosiona y se hace contingente» (Ganuza Fernández, 2005: 4).

Situado en el núcleo de la contemporaneidad, el individuo ocupa un espacio formado por una orientación hacia dentro –tal como la entiende Weber en «La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo»– y una orientación establecida por los otros –en el sentido que

Riesman le atribuye en *La muchedumbre solitaria*– (Berriain, 2002). Ahora elige, decide y crea su identidad individual, aun cuando la elección no puede soslayar el riesgo que conlleva tal proceso: es una elección de doble cara que combina liberación y dependencia; es decir, el desligamiento de ciertas coacciones estructurales y el religamiento a la lógica del mercado, del mundo del trabajo, el consumo y las industrias culturales.

El giro hacia la autoidentidad da cuenta de un sujeto que no es el asiento de la socialización y sus roles aprendidos, ni el corolario de la construcción social de la subjetividad. Por el contrario, expresa la relación del individuo consigo mismo: «Ser sujeto es primeramente hacer de mi vida un proyecto de vida, de tal forma que mi proyecto gobierne mi vida, no la serie contingente de hechos» (Touraine, 1993: 28); se trata de desear ser un individuo, no de consumir la propia existencia, sino de producirla. Por efecto de la pluralización del yo y de la singularización de las trayectorias, la identidad personal resulta de un activo trabajo sobre sí mismo (Martuccelli, 2006). Aunque su perfil se constituye en las prácticas sociales, el sujeto es un principio no-social sobre el que reposa la organización de la sociedad. Tales afirmaciones se inscriben en una perspectiva general que no explica «las conductas en función del lugar y de los intereses de los actores en el sistema», sino que las define «como actos de creación o de destrucción de la capacidad de acción autónoma de los actores» (Touraine, 2002: 9)<sup>1</sup>. De allí deriva un individualismo que abomina de los derechos universales y reclama el derecho universal a la individuación. Ante un mundo abierto e inseguro, heterogéneo y fragmentado, el yo se constituye en la única pauta que permite evaluar las situaciones y las conductas, dado que la acción se dirige hacia su propio fortalecimiento en desmedro del sistema social (Touraine, 2003). Así como el mundo premoderno –signado por la religión con su dios creador y racional– unificaba las leyes del sistema y la voluntad del actor, así la modernidad las separa, principalmente porque desarticula el interior y el exterior del ser humano, la ciencia y la conciencia, las leyes que tutelan esa conciencia y las que presiden la moral. Actualmente, ninguna sociedad, «sea o no industrializada, constituye un sistema integrado y coherente de valores, de normas, de formas de autoridad, de status y de roles»; por otra parte, «las conductas sociales no pueden

---

<sup>1</sup> Ello, porque «el proceso de fabricación de los individuos, gracias al operador de la socialización», ya no conduce al ajuste entre individuo y sociedad, sobre todo cuando «la cultura es hoy en día una máquina para producir una inflación increíble de expectativas individuales» (Araujo y Martuccelli, 2010: 81).

ser catalogadas de manera general en normales y patológicas, o, conformes a las normas y desviadas, lo que no quiere decir que no exista cada vez más una conciencia de lo que no es tolerable» (Touraine, 2003: 170-171). Por tanto, el modelo de la modernidad racionalista muta hacia una modernidad subjetivista que exhorta a conducirse como sujeto y a orientarse a la autorrealización personal (Bajoit, 2008: 23).

### **Desde las reivindicaciones colectivas a la segmentación de los reclamos**

[...] el retorno del sujeto como actor colectivo [...] parece anunciar la vuelta del sujeto transparente a sí mismo y a su conciencia reflexiva (Gutiérrez, 2002: 43).

En la etapa del industrialismo, los individuos se sujetaban a una estructura relativamente estable, cuyos focos de integración –la familia, la educación y el empleo– mantenían una cierta constancia a lo largo del ciclo vital, y eran constitutivas de una identidad también estable. En ese contexto, la masa era un lugar donde insertarse que reunía por igualdad de atributos y en el que se experimentaba un sentimiento de crecimiento indefinido (Canetti, 1981)<sup>2</sup>. En cierto sentido, las reivindicaciones colectivas se correspondían con proyectos ideológicos homogéneos afines con una concepción que, análogamente, postulaba la homogeneidad de las clases sociales. Pese a las connotaciones negativas –ligadas a la disolución de la individualidad y de sus cualidades intelectuales en un compuesto de carácter cuantitativo operante por contagio<sup>3</sup>–, ambos factores son formalmente cuestionados cuando se afirma que las masas «serán siempre deudoras de su homogeneidad o heterogeneidad intrínsecas» (Hermida Lazcano, 1993: 329). Por tanto, las expresiones masivas de la modernidad requieren atender prioritariamente a su origen, a la procedencia de sus componentes, al principio de agregación, la permanencia o transitoriedad de los fines perseguidos.

---

<sup>2</sup> Tales colectivos adoptaban formas radicales cuando se convertían en movimientos multitudinarios inarticulados y relativamente desorganizados, casuales o circunstancialmente concurrentes o, en palabras de Simmel, grupos que olvidaban que su poder tenía límites, una omisión tanto más frecuente «cuanto más desconocidos son los miembros entre sí, como sucede en una masa grande, reunida casualmente» (Simmel, 1986: 64).

<sup>3</sup> Para Le Bon, masa significa una aglomeración de seres humanos dentro de la cual la conciencia se esfuma y las emociones e ideas se orientan en una misma dirección que constituye una alma colectiva transitoria (Le Bon, 2005). Tarde, afirma que los individuos que componen una masa padecen alucinaciones y preceden mediante razonamientos de alienados (Tarde, 2011).

En la sociedad postindustrial, en cambio, todo se torna mudable y provisional, de modo que al vaivén de la discontinuidad, la identidad se vuelve borrosa, difusa y confusa (Gil Calvo, 2002). Para construirla, más exactamente para reconstruirla, debe realizarse un esfuerzo formidable capaz de reunir el «flujo de variables» (Beriain, 2002: 241), un proceso opuesto a cualquier totalidad. A falta de puntos fijos de referencia, se instituye un almacén estructural flotante que estimula la formación de identidades por fuera de las instituciones, empobrece la participación en términos instrumentales, al tiempo que fortalece sus aspectos expresivos. Concordante con la fragmentación macroestructural, la conformación de identidades se nutre de fuentes diversas independientes de la base estructural. En suma, a la desestructuración postindustrial le corresponden formas identitarias que adoptan, al menos, dos perfiles: permanecen atadas a los episodios inconexos que plantea la múltiple y variada circulación de imágenes sin continuidad vital o, inversamente, se arman en torno a la lucha por el reconocimiento (Honneth, 1997) rebelándose contra todo menosprecio. En ambos casos, se «ponen en cuestión los viejos trajes normativos» (Sánchez de la Yncera, 2002: 324), mientras se originan resistencias, aun cuando la estructura social pasa de la rigidez a la fluidez, de la transparencia a la opacidad, del respeto a las normas a su desconocimiento. Luego, la búsqueda de reconocimiento o las resistencias ante inequidades cristalizadas, se alzan contra el orden establecido, por más fluido y nebuloso que éste sea<sup>4</sup>. Si los siglos XIX y XX fueron testigos de batallas por la igualdad de derechos en paralelo con la aparición de las masas –«el hecho histórico verdaderamente determinante de dicha época» (Fusi Aizpurúa, 1990: 261), las contiendas contemporáneas se concentran en la identidad. Una identidad que comporta un trabajo por parte del actor para ser sujeto, para «tener una “personalidad” capaz de actuar y de entrar en comunicación con otros» (Dubet, 1989: 543). Se trata de la construcción de ejes de sentido de la acción no «imbricados en un proyecto societal único que los ordena entre sí y fija sus relaciones, prioridades y determinaciones en términos estructurales» (Garretón, 2002: 14); en contraste, cada una de las demandas posee la misma prioridad, es portadora de prácticas propias llevadas a cabo por actores diversos. Vale como ejemplo la lucha por los derechos de la mujer, una invocación que se efectúa en términos de identidad y que no abarca a otras categorías sociales. La carencia, o la

---

<sup>4</sup> El deterioro de «las tres grandes avenidas que nos conducen al presente, el capitalismo, la modernidad y el Estado nacional, se han agotado en su formato de los últimos dos siglos. Nuevas y viejas realidades cuestionan su validez» (Monedero, 2009: 223).

existencia rudimentaria, de instituciones competentes para regular los deberes y derechos puestos en juego, forja demandas genéricas «y el adversario y el referente son difusos» (Garretón, 2002: 17). Los actores y la acción se sitúan menos en el plano económico-político que en un ámbito socio-cultural esencialmente conectado con los mundos de la vida. Luego, el fondo de la cuestión concierne a temáticas relativas a la cotidianeidad, a las relaciones interpersonales, a los logros personales y grupales, a las aspiraciones de dignidad y de reconocimiento social, al sentido de pertenencia y a las identidades sociales. Sin embargo, esos tópicos no se reducen al mundo privado, sino que se expresan en el espacio público, aunque conservan una difusividad que los separa de las luchas sociales del pasado (Garretón, 2002). Por ello, las adhesiones ideológico-políticas adquieren una volubilidad que –pese a funcionar como manifestación de afirmación personal– se hallan siempre al borde de la inconstancia y la acomodación: la participación, entonces, se convierte «en un regulador estratégico de la propia gestión biográfica» (Gil Calvo, 2002: 276).

### **El mundo no cabe dentro de un conjunto total de ideas**

[...] las ideologías sólo cuentan si se llevan a la práctica,  
y sólo se llevan a la práctica las que disponen de las condiciones apropiadas.  
Lo importante es qué se hace o se consigue con las ideologías,  
no la representación o la opinión de lo que es bueno  
o conveniente hacer (Lull et al., 2006: 29).

Por efecto de la disociación entre la objetividad del sistema y la subjetividad individual, y en virtud del agotamiento de categorías tales como pueblo, clase, progreso y representación de lo social (Dubet, 2010), los intereses colectivos y la ideología se distancian por obra de la incertidumbre, la pérdida de unidad del mundo y la renuncia al sacrificio en pos de la colectividad. Con ello, las grandes estructuras ideacionales de signo imperativo ya no inspiran las acciones, puesto que pasan a depender de un complejo de micromedidas constreñidas a las solas experiencias personales (Vidal Beneyto, 2009).

La representación de los intereses de la clase dominante disminuye su influencia, mientras se fortalece la parcialidad, en razón de que los actores sociales no logran aprehender la implicación sistémica del modo de producción capitalista. Así, la variedad de estilos de pensamiento predomina sobre las diferencias entre intereses de clase (Lamo de Espinosa et al., 2002), proceso que debilita la concepción acerca de la determinación social de la



conciencia, al tiempo que se menoscaba el razonamiento según el cual las máximas de quienes detentan el poder se imponen a todos. Junto con el derrumbe de un centro social fijo, sólo queda la contingencia de las prácticas de los actores, quienes –a través de los discursos– atribuyen significados parciales e incompletos a las identidades sociales. La sociedad, entonces, carece de un principio rector capaz de fundar totalidad, de modo que la estructuración también es contingente e inconclusa (Laclau, 2003), proceso que es tomado por el discurso dominante propio de la esfera política, aunque sabiendo que su preponderancia es, asimismo, temporal y relativa.

Sobre la base de tales argumentos, se insiste en la extinción de la ideología y el surgimiento de los simulacros, lo que desenmascara el carácter indecible de lo social (Baudrillard, 1980) y pone en evidencia la disminución de la energía crítica de la modernidad, enfrentada ahora al «fascinante poder de la indiferencia» (Scherpe, 1998: 351). Con la desestabilización de los significados y el orden simbólico, «los modelos y estructuras sociales ya no perduran lo suficiente como para enraizarse y gobernar las costumbres» (del Arco, 2011: 5). Si todo lo susceptible de ocurrir ya ha ocurrido –la muerte de Dios, de la metafísica, de la historia, de las ideologías, de la revolución y de la muerte misma–, y si se arruina la posibilidad de descubrir la verdad por medio del conocimiento, la distinción entre lo ideológico y lo no ideológico deja de tener sentido (Foucault, 2000). La autonomía y la responsabilidad, tanto con respecto a sí mismo como en lo relativo a las relaciones con el mundo, configuran un escenario en el que las masas «no son más que un yacimiento opaco, ciego» y silencioso. «Pero ese silencio es paradójico –no es un silencio que no habla, es un silencio que prohíbe que se hable en su nombre. Y en ese sentido, lejos de ser una forma de alienación, es un arma absoluta» (Baudrillard, 1987: 129). Luego, una solución para «no seguir desmoralizándose» ante la desactivación política de la masa, es «la provocación» (Sloterdijk, 2002: 99), el humor y el ánimo de justicia, fuerzas capaces de sacudir las conciencias y estimular acciones instigadoras de un original recomienzo político. Mientras la concepción moderna de la masa aludía a la homogeneización en el interior de una totalidad que permitía que los modos individuales de distinción no supusieran ninguna distinción real, las masas contemporáneas «son refractarias a todo aquello que conlleve un proyecto a realizar y, además, no se dejan encerrar con facilidad en una *lógica de la determinación* o en categorizaciones sociológicas relativas a fases históricas precedentes»

(Carretero Pasín 2006: 12; énfasis del autor). La ideología de la modernidad, con su voluntad de purgar racionalmente las demandas de las masas, ha dado paso a expresiones multitudinarias, «uno de los detonantes característicos de la *ontología de nuestro presente* (Carretero Pasín, 2006: 13; énfasis del autor). Asimismo, ha fundado «una sensibilidad colectiva que tiene bastante poco que ver con el dominio económico-político que ha caracterizado a la modernidad» (Maffesoli, 2004: 51), por lo que la racionalidad finalista hacia el futuro es reemplazada por la valoración del presente, una evaluación que se vale de ideas blandas y pasajeras.

### **Conclusión**

¿Por qué sumarse a proyectos ideológicos orientados por las convenciones del pasado, es decir, por la intermediación de intereses aportada por los partidos políticos? Si la identidad es fluida y adquiere distintas connotaciones según la esfera de relaciones, si no es una esencia sino un proyecto en marcha, la subjetividad no puede inscribirse sin más en formulaciones afirmadas en criterios de verdad o falsedad, sino en principios de credibilidad y verosimilitud.

Como se dijo, el individuo se sitúa en el corazón de la contemporaneidad, en un espacio en el que convive una orientación hacia dentro y una establecida por los otros. La primera, alude al ordenamiento realizado por el individuo para organizar el continuo y vasto flujo de sucesos imprevisibles, carentes de significado sustantivo. Para ello, recurre a la fuerza interna de sus convicciones, atribuyendo valor solo a aquellos que concuerdan con sus propias creencias. Es Max Weber quien mejor describe este proceso, precisamente porque su énfasis recae en los comportamientos guiados por fines y valores últimos, los que confieren sentido al mundo y fundan prácticas provistas de contenido moral (Weber, 1983). En contraste, la segunda da cuenta de un individuo sometido a los vaivenes de la acumulación y la expansión de bienes y de capital, lo que lo lleva a preocuparse por su reputación, mientras lo hace dependiente de la opinión de los demás. David Riesman describe dicha situación como el «prestar atención a las señales de los otros» (Riesman, 1971: 37). A ambos modelos, les es propia una identidad y una ideología, cuyas formas discrepan en virtud de las concepciones subyacentes.

Aun cuando las grandes ideologías históricas experimentan un proceso de marcada decadencia, surge una nueva ideología –desligada de las demandas masivas del pasado– que reclama por el reconocimiento de la vida individual, de las narrativas personales y del otorgamiento de sentido: buscan proporcionar valor a las acciones, cargarlas de significado y situar en primer plano la conciencia de la individuación. Una vez descartada la supremacía de la razón, el sentido unívoco de la historia y la intervención divina en ese desarrollo, emerge un modo de pensar que no se ajusta a uniformidades de ningún tipo; por el contrario, se trata de asegurar a los individuos y a las comunidades la autonomía para erigir el sentido de su propia existencia.

En suma, los conflictos de este tiempo no refieren a la propiedad de los medios de producción –característicos de una fase de convocatoria de las masas–, sino a la apropiación de la individuación. Sin embargo, ello no implica la liberación respecto de las identidades grupales y el disfrute de los beneficios del consumo y la comunicación, sino de la libertad para construir y ejercer la facultad de autodefinirse como sujeto, lo que lleva implícita una institucionalización por fuera de la nación o la humanidad (Touraine, 1994).

Queda por saber cómo se negociarán las condiciones de la vida colectiva en un mundo que combina incertidumbre con ampliación de opciones y que condena a los individuos a llevar a cabo la onerosa faena de forjar su identidad, sin tener «a nadie a quien culpar por sus éxitos y fracasos» (Bauman, 2003: 22).

## **Bibliografía**

AGIER, M. (2012). «Pensar el sujeto, descentrar la antropología», en *Cuadernos de Antropología Social*, N° 35, Buenos Aires, [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1850275X2012000100002&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1850275X2012000100002&script=sci_arttext)

ARAUJO, K. y D. MARTUCCELLI (2010). «La individuación y el trabajo de los individuos», en *Educação e Pesquisa*, volumen 36, São Paulo, <http://www.scielo.br/pdf/ep/v36nspe/v36nspea07>

BAJOIT, G. (2008). «La renovación de la sociología contemporánea», en *Cultura y Representaciones Sociales*, Año 3, N° 5, México: Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, <http://www.culturayrs.org.mx/revista/presentacion.htm>

BAUDRILLARD, J. (1987). *Cultura y simulacro*, Barcelona: Kairós.

BAUMAN, Z. (2003). "Individualmente pero juntos", en Beck, U. y E. Beck-Gernsheim, *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Barcelona: Paidós.

BAUMAN, Z. (2014). *¿Para qué sirve realmente...un sociólogo?*, *Conversaciones con Michael Hviid Jacobsen y Keith Tester*, Buenos Aires: Paidós.

BERIAIN, J. (2002): «La metamorfosis del *SELF* en la modernidad», en *¿Más allá de la modernidad? Las dimensiones de la información y la comunicación y sus nuevas tecnologías*, Blanco, J. M. y P. Navarro Sustaeta (editores), Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

CANETTI, E. (1981). *Masa y Poder*, Barcelona: Muchnik Editores.

CARRETERO PASÍN, A. (2006). «Masas posmodernas. El retorno del exceso constreñido en la modernidad», en *Revista Venezolana de Ciencias Sociales*, volumen 10, Nº 1.

DEL ARCO, J. (2011). «El capitalismo postmoderno y el advenimiento de la masa líquida», en *Filosofía de la ciencia y la tecnología*, blog de Epistemología de Tendencias21,

<file:///C:/Users/Usuario/Documents/JORNADAS%20SOCIOLOGIA%202015/DEL%20ARCO%20MASA%20LIQUIDA.html>

DELEUZE, G. y C. Parnet (1980). *Diálogos*, España: Pretextos.

DUBET, F. (1989). «De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto», en *Estudios Sociológicos*, volumen 7, Nº 21, México: El Colegio de México.

DUBET, F. (2010). *Sociología de la experiencia*, Madrid: Editorial Complutense.

FOUCAULT, M. (2000). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Madrid: Alianza Editorial.

FUSI AIZPURÚA, J. P. (1990). «La Edad de las Masas (1870-1914)», en *Historia Contemporánea* Nº 4, [http://www.revista-hc.com/includes/pdf/04\\_15.pdf](http://www.revista-hc.com/includes/pdf/04_15.pdf)

GANUZA FERNÁNDEZ, E. (2005). «Política y contingencia en la teoría sociológica», [http://www.unavarra.es/puresoc/pdfs/c\\_ponencias/Ganuzaf.pdf](http://www.unavarra.es/puresoc/pdfs/c_ponencias/Ganuzaf.pdf)

GARRETÓN, M. (2002). «La transformación de la acción colectiva en América Latina», en *Revista de la CEPAL*, Nº 76, [http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/10797/076007024\\_es.pdf?sequence=1](http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/10797/076007024_es.pdf?sequence=1)

GIL CALVO, E. (2002). «Quiebra y reconstrucción de las narrativas vitales», en *¿Más allá de la modernidad? Las dimensiones de la información y la comunicación y sus nuevas tecnologías*, Blanco, J. M. y P. Navarro Sustaeta (editores), Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

GUTIÉRREZ VERA, D. (2002). «Figuras del sujeto», en *Iconos*, Revista de Ciencias Sociales N° 13, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Quito, Ecuador, <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50901304>

GUTIÉRREZ VERA, D. (2003). «El reverso del sujeto sociológico», en Revista Universidad EAFIT, volumen 39, número 131, Colombia; <http://www.redalyc.org/pdf/215/21513105.pdf>

HERMIDA LAZCANO, P. (1993). «La tortuga en la multitud. La masa como emblema de la modernidad en W. Benjamin», en *Éndoxa: Series Filosóficas*, N° 2, Madrid: UNED, [http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:Endoxa-19937F48CE50-2754-93C8-49B8-C2447E009598/tortuga\\_multitud.pdf](http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:Endoxa-19937F48CE50-2754-93C8-49B8-C2447E009598/tortuga_multitud.pdf)

HONNETH, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento*, Madrid: Crítica.

LACLAU, E. (2003). «Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de las lógicas políticas», en *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Butler, J., E. Laclau y S. Žižek, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

LAMO DE ESPINOSA, E., J. M. GONZÁLEZ GARCÍA y C. TORRES ALBERO (2002). *La sociología del conocimiento y de la ciencia*, Madrid: Alianza Editorial.

LE BON, G. (2005). *Psicología de las masas*, Madrid: Morata,

LULL, V. et al. (2006). «Ideología, arqueología», en [http://www.unirioja.es/dptos/dd/filosofia/actividades/ideologia\\_arqueologia.pdf](http://www.unirioja.es/dptos/dd/filosofia/actividades/ideologia_arqueologia.pdf)

MAFFESOLI, M. (2004). *El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

MARTUCCELLI, D. (2006). «Lecciones de Sociología del Individuo», Curso dictado en el Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica de Perú, <http://departamento.pucp.edu.pe/ciencias-sociales/sociologia/sociologia-publicaciones/sociologia-documentos/lecciones-de-sociologia-del-individuo/>

MARTUCCELLI, D. (2010). «La sociología en los tiempos del individuo», Entrevista de Rodolfo Martinic y Nicolás Soto, en *1/2 Vínculo*, Revista de los Estudiantes del Instituto de Sociología de la Universidad Católica de Chile, Año 1, N° 1, <https://doblevinculo.files.wordpress.com/2011/01/entrevista-a-danilo-martuccelli.pdf>

MONEDERO, J. C. (2009). *El gobierno de las palabras. Política para tiempos de confusión*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.

RIESMAN, D. et al. (1971). *La muchedumbre solitaria*, Buenos Aires: Paidós.

ROBLEDO RUIZ, L. (2011). «Prólogo», en Beltrán Villegas, M. A. *Perspectivas contemporáneas de las ciencias sociales*, Medellín: Producciones Colombianas

SÁNCHEZ DE LA YNCERA, I. (2002). «El mundo conecta, se agolpan las identidades», en *¿Más allá de la modernidad? Las dimensiones de la información y la comunicación y*

*sus nuevas tecnologías*, Blanco, J.M. y P. Navarro Sustaeta (editores), Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

SCHERPE, K. (1998). «Dramatización y des-dramatización de “el fin”: la conciencia apocalíptica de la modernidad y la posmodernidad», en *Modernidad y posmodernidad*, J. Picó (prefacio, introducción y compilación), Madrid: Alianza Editorial.

SERNA DIMAS, A. (2012). «Prólogo», en *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos*, Piedrahita Chandía, C., A. Días Gómez y P. Vommaro (comp.), Colombia: Universidad Distrital Francisco José de Caldas-Biblioteca Latinoamericana de Subjetividades Políticas.

SIMMEL, G. (1986). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Madrid: Alianza Editorial.

SLOTERDIJK, P. (2001). *El desprecio de las masas. Ensayo sobre las luchas culturales de la sociedad moderna*, Valencia: Pre-Textos.

TARDE, G. (2011). *Creencias, deseos y sociedades*, Buenos Aires: Cactus.

TOURAINÉ, A. (1993). «Le sujet comme mouvement social ou la critique de la modernité», en *Aspects Sociologiques*; Saint Foy, Québec, volumen 1, número 3.

TOURAINÉ, A. (1994). «Las transformaciones sociales del siglo XX», Discurso de apertura ante la Primera Reunión Provisional del Intergovernmental Council of the Management of Social Transformations, Programme (MOST), París 7-10 de marzo.

TOURAINÉ, A. (2002). «Invitación», *A la búsqueda de sí mismo. Diálogos sobre el sujeto*, Alain Touraine/ Farhad Khosrokhavar, Buenos Aires: Paidós.

TOURAINÉ, A. (2003). «Del sistema al actor», en *Revista Colombiana de Sociología*, N° 20, Colombia: Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/recs/article/view/11181>

VIDAL BENEYTO, J. (2009). «La dominación sin ideología», en *El País*, [http://www.elpais.com/articulo/opinion/dominacion/ideologia/elpepiopi/20090410elpepiopi\\_13/Tes](http://www.elpais.com/articulo/opinion/dominacion/ideologia/elpepiopi/20090410elpepiopi_13/Tes)

WEBER, M. (1983). «Las sectas protestantes y el espíritu del capitalismo», en *Ensayos sobre sociología de la religión*, Madrid: Taurus.

WEBER, M. (1983). «La ética protestante y el espíritu del capitalismo», en *Ensayos sobre sociología de la religión*, Madrid: Taurus.

